



EL SILENCIO ES ESENCIAL PARA EL ORANTE

Hoy vamos hablar del silencio; y quiero comenzar afirmando su importancia y su necesidad, tanto para la colectividad como para la persona. Nuestra sociedad vive envuelta en el ruido estridente y la agitación. Vivimos en la era del sonido, de la imagen, de la palabra vacía, del WhatsApp y de mensajes y más mensajes de TikTok. Esta barahúnda no hace sino distraernos de lo esencial y entretenernos en banalidades. Quienes creemos en el valor del silencio y sus beneficios hemos de tener el coraje de recuperarlo, de vivirlo y de no conformarnos con estos medios que la sociedad quiere imponernos para sus propios fines, para distraernos de lo esencial.

La vida religiosa está llamada a recuperar el silencio, a respetar lugares y tiempos de silencio para el bien personal y comunitario. Una comunidad que no respete tiempos y espacios de silencio, tarde o temprano se romperá o seguirá viviendo en la periferia de su verdadera vocación. Y esto mismo lo podemos aplicar a nivel personal, incluso a nivel de familia. El ser humano necesita el silencio para su equilibrio emocional y crecimiento espiritual. Y para nosotras, que pretendemos vivir en esa dimensión orante, el silencio debe de ser una prioridad si realmente queremos avanzar por este camino de contemplación.

Una persona que carece de silencio, carece también de estabilidad interior y emocional, arruinando lo mejor de su vida. Porque lo decisivo de la existencia humana, acontece en nuestra propia interioridad, en el más profundo centro, en la morada del castillo más íntima. Y si realmente pretendemos ser orantes en la acción el silencio es fundamental. El silencio es algo existencial para el desarrollo integral de la persona, para su madurez, para encontrarse consigo misma, con Dios y con los demás. El silencio es un tesoro, un valor infinito, una perla que cuando se encuentra te alejas de la palabra vana y vacía para acoger la palabra más profunda y sonora como es el silencio. El silencio es una delicia y solamente lo saborean y lo cultivan quienes lo han gustado. El silencio hemos de cuidarlo como una perla preciosa de gran valor, porque él nos transmite: sabiduría, prudencia, paz, dulzura, serenidad, armonía y unidad interior. El silencio es sanador, él nos sana de las heridas que la vida nos ha ocasionado, dándonos un cierto equilibrio mental, emocional y espiritual.

El silencio va unido a la escucha, una persona silenciosa sabe escuchar. Ya hemos hablado de que la oración es una relación, y en toda relación la escucha es primordial. Sin silencio no podemos escuchar las voces e inspiraciones del Espíritu. El silencio es esencial para el orante.

¿QUÉ NOS DICE LA PALABRA DE DIOS SOBRE EL SILENCIO?

“Escucha, Israel”. Esto dice el Deuteronomio (Dt 6, 4). El silencio es primordial para la escucha, porque si no guardamos silencio no podemos escuchar a Dios y siempre viviremos en la “periferia”, en los “arrabales”, de lo que realmente somos. Ya hemos dicho que el silencio y la escucha van

unidos. En el Antiguo Testamento, Dios pide a su pueblo que escuche: **“Escucha, Israel”**, pero ¿cómo podemos escuchar si no somos capaces de hacer silencio en nuestro entorno y mucho menos en nuestro propio corazón? Si realmente quiero oír la voz del Señor, necesito hacer silencio exterior e interior; porque su voz es suave, como un murmullo, ya que el amor no se dice “a gritos”, sino en el susurro de una melodía íntima y ligera. De aquí nace la necesidad del silencio, para escuchar la Palabra que me habla y quiere entablar una relación de amor conmigo. En lo íntimo de un corazón silencioso es donde se escucha la voz de Dios que nos ama y quiere entablar un dialogo de amor y amistad con su creatura. Si tú eres silencio, yo seré Presencia en tu corazón. “Por eso yo la voy a seducir: la llevaré al desierto y hablaré a su corazón” (Os 2,16). “Guarda silencio y yo te enseñaré sabiduría” (Job 33,33). Y Pablo VI, hombre de una profunda vida interior, decía: **“El silencio es la actividad profunda, del amor que escucha”**. Sin silencio interior no se puede ejercitar una escucha de calidad.

EL VALOR DEL SILENCIO

En el silencio es donde se construyen las grandes personalidades, tanto intelectuales, científicas, como místicas. Es en el silencio, la soledad y la reflexión donde se forjan y crecen las ideas más brillantes y expertas que gobiernan la humanidad y la historia. Dirá Pitágoras: **“El silencio es la primera piedra del templo de la filosofía”**. Y George Eliot: **“El silencio no es patrimonio de las almas vulgares”**. El silencio alimenta el pensamiento y ayuda a la reflexión, a la interiorización; el silencio cura de la superficialidad para conducir a la persona a lo más profundo de su ser. Las acciones más nobles y generosas nacen y se desarrollan desde el silencio y, en nuestro caso, que intentamos poner la oración en el centro de nuestra vida, el silencio nos lleva a la oración, a la contemplación y al amor a los hermanos. Quienes viven el silencio, saben escuchar la voz de su conciencia, la voz de Dios y comunicarse con él, para desde él y con él comunicarse con los demás. El silencio es la luz que ilumina nuestra inteligencia y, a la vez, nos da la fortaleza para poner por obra la vida recibida, porque el silencio es vida y acción. El silencio, si es verdadero, no es inactivo, todo lo contrario, el silencio contemplativo es el que realmente empuja a la acción. Esto lo podemos ver en algunas personas místicas que han sido muy activas. Santa Teresa de Jesús, madre Ràfols y padre Juan Bonal; y muchas otras que podríamos citar.

La dificultad la podemos encontrar en el “sonido” del silencio, pues este sonido es algo que asusta a muchas personas y les da miedo porque les obliga a encontrarse consigo mismas, con la realidad de lo que son. El silencio es como el agua tranquila del estanque que refleja nuestra cara al asomarnos a él. Si no queremos reconocer nuestra identidad, nuestro verdadero rostro, nos apresuramos a remover las aguas para que nuestro rostro desaparezca. Pero si “removemos” las aguas, nos perdemos en la confusión, en el ruido, en el ajetreo, sin estar presentes ni a nosotros mismos ni a Dios; no llegando a conocer nuestro verdadero “rostro”, nuestra propia identidad.

Cuando vamos a orar, hemos de ponernos en la presencia de Dios, tal como somos, sin miedo ni disimulos, para poder escuchar lo que el Señor nos dice desde el silencio. No tengamos miedo al silencio, dejemos las aguas “tranquilas”, sin removerlas, teniendo la capacidad y la humildad para vernos reflejados con tranquilidad en ellas y aceptar la imagen que nos transmiten. Es a partir de la aceptación real de lo que soy que en mi vida se produce la transformación, la evangelización del corazón.

Para ayudarnos a vivir el silencio interior lo primero que debemos hacer es silenciar, en la manera de lo posible, el ruido exterior; pero, ante todo, tenemos que acallar el ruido de nuestra mente con sus preocupaciones y dispersiones; y el ruido de nuestras pasiones, sentimientos negativos y afectos desordenados que, en definitiva, son los que más ruido hacen dentro de nosotros. Si estos ruidos no se acallan, el silencio puede llegar a ser una tortura insoportable. De aquí nace una de las dificultades para vivir el silencio, porque en el silencio escuchamos la barahúnda que nos habita y ella nos molesta y desestabiliza. Y ante tal situación preferimos vivir en el ruido que nos aleja de nuestra propia realidad. Sin embargo, el silencio es imprescindible para encontrarse con uno mismo y con Dios. No se trata de un silencio alienante, sino de una actitud interior que me capacita para descubrir la verdad en mi vida, para poner orden en mi interior y poder ser receptiva a la acción del Espíritu Santo.

El silencio es una actitud interior, un camino a recorrer que te lleva, como dice santa Teresa: “A vivir en la interioridad, en el más profundo centro, donde pasan las cosas más secretas entre Dios y el alma”. Al llegar a este profundo centro es cuando podemos hablar del silencio sonoro del que nos habla el gran místico Juan de la Cruz. El silencio es el encuentro más íntimo entre Dios y la persona, la expresión del amor más profundo. El silencio es brisa ligera que recrea y enamora. El silencio más puro e intenso es aquel que me hace sentirme amada en el Amado transformada. El silencio interior es la palabra más fuerte y la presencia viva de la Trinidad: Dios-Amor.

Cuando realmente se vive el silencio interior la vida se transforma, porque de alguna manera, ella está “ungida” por la Presencia. Si eres silencio la Palabra habitará en tu corazón. Dice san Juan Crisóstomo: “Que mi silencio dé lugar a tu Palabra, Señor”.

El Señor, es silencio, brisa suave, caricia que recrea, transforma y enamora.

Hna. Carmen Herrero